

Colón: un imaginario cuaderno de viaje

Como el diario de Colón naufragó junto con la Santa María y el que hoy se conserva es una copia que hicieran luego, quizás sea preferible inventar otro.

Hay que imaginar, entonces, la partida. El pequeño puerto, la gente en la rada, la despedida, la brisa que aparta lentamente las naves. Algunos habrán mirado por última vez la costas que dejaban. Alguien quizás murmuró “nunca regresaremos”. Pero la esperanza de riquezas por conseguir animaba a los marinos.

El viento soplaba cada vez más y tomaba por detrás a las naves que parecían volar. (Dicen los cuadernos de bitácora que cuando el viento es excesivo, para poder navegar hay que “amainar” las velas, es decir, recogerlas para disminuir un poco la velocidad; además hay que “poner en facha” los navíos, o sea, tratar de parar el curso de la embarcación haciendo obrar las velas en sentidos contrarios.)

Hay que imaginar, entonces, aquellas navecitas abriéndose paso en un mar desconocido, hacia los confines del mundo, y quizás, más allá.

Según cuentan los marinos viejos, el vaivén entre el silencio y el ruido de las olas provoca sentimientos contrarios. Y luego la sal, la picazón de la sal que trae el viento, las primeras náuseas que desaparecerán pronto. El suave deslizarse de la quilla sobre la superficie marina. Es de imaginar estos primeros días hasta alcanzar el mar Tenebroso, el punto sin regreso.

De pronto sobreviene una quietud, la temida *calma chicha* que puede durar semanas, días, horas. Las naves quedan como incrustadas en un mar que parece fraguado de argamasa. Entonces el olor a sal se hace más intenso, el olor del agua dulce pudriéndose en los toneles, el olor que sube desde la barraca, atestada de víveres (harinas, vinos, queso, tocinos y jamones colgados de las vigas, ristras de ajos, cebollas clavadas a las negras costillas de la quilla), de agua estancada, de ratas que suponen haber llegado a tierra y se trepan por las sogas de la arboladura. Nadie las detiene pues crean la ilusión de que algo se mueve.

Hay que imaginar que sigue el olor, ahora del jabón negro mezclado con orina de hombre y pez que los calafateadores esparcen por todos lados para aprovechar en algo el tiempo que no pasa, como no pasa el agua ni el viento. Quizás el Gran Almirante aprovechó también el tiempo para inspeccionar la nave, la bodega, las provisiones, picotear algún jamón.

Y entonces, a pesar de que no es tema para un Libro de Bitácoras, a pesar de que – como poetiza Tejada Gómez– los almirantes “se recataban de mentar las comidas”, muy claramente se descuenta que “hubieron de llenar las bodegas de jamones cocidos por el viento de las Sierras y cuelgas de chorizos y orejones pulposos, ya que el tasajo era tan sólo un ingrediente en el guiso de alubias sustentado a tocino y lengua de carnero o trufas u hortalizas”. Quizás también este olor a guiso embriagaría el aire quieto y encerrado de la calma chicha.

Ni bien cae el sol, como siempre, como si estuvieran navegando, hay que encender las linternas de popa para que las naves no se deriven y pierdan el convoy o, lo que es peor, el rumbo, en caso de que alguna brisa empiece a soplar mientras duermen.

Hay que imaginar que puede también suceder algo todavía peor que la calma chicha: la niebla. Entonces habrá que navegar pero sin saber a ciencia cierta si no se ha errado el rumbo. Niebla salitrosa y húmeda de día y de noche, niebla que no deja ver la popa desde la proa. Niebla que obliga a atar entre sí las naves que tienen todas sus luces encendidas según su tonelaje, la más grande tendrá cinco, dos en la popa y tres en la proa. Siempre en número impar para señalar la posición de orientación supuesta. La orientación que se tenía cuando el cielo era visible y el curso podía fijarse. Las naves se mueven pero nadie puede estar seguro de hacia dónde.

Hay que imaginar el pánico que da pensar que podrían estar dirigiéndose hacia lo inefable. Entonces la tripulación comenta y rumorea. Se habla de una zona ardiente donde, según aquel Aristóteles, que todo lo sabía, jamás llueve, y las aguas hierven por el mucho calor, cocinando los maderos y desfondando las naves. Se habla de terribles monstruos marinos que surgen de entre el vapor de las aguas al sur del cabo de la Esperanza, y que atrapan y trituran los navíos como si fueran de azúcar. Se habla de criaturas de las antípodas, que viven con la cabeza para abajo. De hombres con un sólo ojo en la frente y que no ven más que el futuro, y de otros con un ojo en la nuca para ver el pasado, que son sus esclavos. De mujeres con cabeza de puerco y otras con pezuñas de yegua que andan por las selvas enloqueciendo a los viajeros con sus hermosos cuerpos y sus rostros de vírgenes. Se habla también de hombres-plantas que tienen un sólo y gigantesco pie fijo en el suelo que les impide todo movimiento y así nacen y mueren esperándolo todo de las lluvias y el sol. Y por supuesto también hay mujeres con cuerpo de reptil que se arrastran como las serpientes y hombres que ladran en lugar de hablar, y niños que gobiernan imperios y tratan a los viejos como si fueran niños, y también, ¿por qué no?, ardientes amazonas de un solo pecho que fuerzan a los hombres a satisfacerlas y, en palacios de marfil y jade, reinas que cubren su desnudez con polvo de oro y princesas que defienden su virtud con una fina malla de diamantes tras la que reluce, inalcanzable, el delicado sexo. Se habla de donde están el clavo, la pimienta, el azafrán, la canela, y de regresar los más ricos con títulos, gobernaciones y honores sin cuento.

Y en estas y otras disquisiciones hay que imaginar que se entretienen los marinos por matar el tiempo y el miedo.

Pero todo pasa, la calma chicha, la niebla y vuelve el viento. Y, entonces, el cielo muestra su mapa de estrellas y el curso se revisa y las cartas de marear (de viajar por el mar) vuelven a tener sentido, y el reloj de proa parece que caminara más veloz, y la brújula señala un norte constatable.

Hay que imaginar que esas naves avanzan y son un bosque flotante sobre un mar saturado de sal. Sí, un bosque, cada nave es una “isla” de roble que no retoñará jamás. Casi mil robles talados para cada nave, todos los bosques de Europa sobre el Atlántico para alimentar el sueño de la expansión, del oro, de las especias y, quizás, al final del viaje, imaginar este diario.

Bibliografía:

- Baccino Ponce de León, N. *Maluco (La novela de los descubridores)*. Seix Barral, Barcelona, 1992
- Bajtin, Mijael. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Alianza, Madrid, 1987
- Enciclopedia Salvat, *Monitor*, Salvat Editores, Buenos Aires, 1968, Artículo “Cristóbal Colón”
- *El Fisiólogo (bestiario medieval)*, traduc. Nilda Guglielmi, EUDEBA, Buenos Aires, 1971
- Kirkpatrick, F. A. . *Los conquistadores españoles*, Ediciones Rialp, Madrid, 1999, Cap. I y II.
- Levinas, Marcelo. *Las imágenes del universo (una historia de las ideas del cosmos)*, F. C. E., Buenos Aires, 1996

- Losada, B. *Cristóbal Colón*, Ediciones Rialp, Madrid, 1990
- *Navegación*, Edición Expo Sevilla 92, Sevilla 1992
- Romano, R. y Tenenti, A. *Los fundamentos del mundo moderno. Edad Media tardía, Reforma, Renacimiento*, Madrid, Siglo XXI, 1995
- Romano, R. *Cristóbal Colón, Los hombres de la historia n° 41*, C.E.A.L., Buenos Aires, 1968
- Romero, José Luis. *La revolución burguesa en el mundo feudal*, Sudamericana, Buenos Aires, 1967
- Tejada Gómez, Armando *Canto popular de las comidas*, Ed. de la Flor, Buenos aires 1974
- Zaragoza, Gonzalo. *Colón y el descubrimiento*, Anaya, Madrid, 1988